

Pandemia, ciencia y pertinencia

Nuestra generación atestigua una pandemia más de las que forman parte de la historia de la especie humana. Antes y después de la era cristiana, hay referencia de su ingrata fuerza contra múltiples poblaciones como un reiterado recordatorio de la frágil condición humana.

Galeno, uno de los precursores de la Medicina, registra la “peste de Antonino” en el año 165 d.C., la cual podría tratarse de una epidemia de viruela. Afectó a Roma en pleno apogeo y sus repercusiones fueron letales para la población y fatales para el imperio, tanto que finalmente sucedió su caída. Más adelante, la historia da cuenta de tres epidemias de fiebre bubónica, originada por la bacteria *Yersinia pestis*, en los años 541, 1348 y 1855.

Hacia 1543 y 1567, en México y norte de América del Sur, incluyendo Ecuador, se produjeron epidemias de viruela, de sarampión y de cocoliztli en idioma ancestral, que se traduce como “enfermedad” o “mal”, posiblemente se trató de una virosis hemorrágica de origen desconocido. Se calcula que produjeron 15 millones de muertes. Su presunta causa -traída desde Europa por los conquistadores, fue la salmonella entérica o un virus. Estas epidemias, transportadas al nuevo mundo por los colonizadores, resultaron eficientes aliados para el sometimiento de los pueblos nativos. Hace 100 años, la epidemia de gripe “española”, fue una de las más letales pues produjo entre 30 y 50 millones de muertes.

La pandemia Covid-19 acaeció cuando la población global sobrepasa los 7 mil millones de personas. El deterioro ambiental antropogénico que pone en riesgo catastrófico la vida en general, es otro rasgo de esta época. Más de la mitad de la población mundial vive en condiciones de empobrecimiento y más de mil millones experimentan desamparo, insalubridad, desnutrición, enfermedades infecciosas y no cuentan con servicios médicos ni seguridad social.

La desigualdad económico social creciente en la sociedad humana, pavorosa e inaceptable, explica el impacto diferencial de muerte, dolor y mayor empobrecimiento a lo largo y al final de esta pandemia. Las secuelas de la Covid-19 en las economías públicas, el empleo y la calidad de vida serán evidentes. Hay que señalar que el sector financiero, comercial y empresarial, multiplicará sus dividendos siendo, como pocos, beneficiarios de la catástrofe sanitaria.

Esta pandemia llegó cuando la humanidad ha alcanzado horizontes insospechados en la ciencia y la medicina, sobre todo en las últimas décadas. En general, se está en capacidad de reconocer las entrañas genéticas y moleculares de un virus desde su apareamiento. Ahora, es posible seguirlo paso a paso en sus variantes alrededor del mundo. Se tiene el saber y el dominio tecnológico para haber desarrollado al menos una docena de vacunas específicas, seguras y efectivas, para el SARS-Cov2. Existe el avance médico que en tiempo récord, pasó de una dolorosa fase inicial de incertidumbre, a un aceptable manejo de los cuadros clínicos derivados de la infección viral.

En cada pandemia se levanta también la discusión sobre causas y culpables, remedios y prevenciones. Históricamente, las explicaciones oscilaron entre lo mágico-religioso y lo científico. En el siglo V, se culpó a Justiniano, como origen demoníaco de la peste en el imperio romano. Los furibundos dioses castigadores aparecieron como autores del descalabro de las pestes. Con la paulatina consolidación del saber en las ciencias naturales, las ciencias biológicas y luego, las ciencias sociales, el debate contradictor entre creencia y ciencia, entre dogma y razón, parecería saldado, pero persiste la disputa entre científicos y anti-científicos.

¿Es un debate sin sentido, exclusivamente ideológico? Definitivamente no, porque las conclusiones llevan a decidir políticas públicas y acciones individuales que impactan en la salud y la vida. En efecto, el virus de la infección Covid-19 campea sobre el planeta, se propaga sin pasaporte ni visa, pero no ha golpeado por igual a todos los países. Ha afectado a 200 países y su impacto diferencial no es causalidad.

La discusión entre ciencia y anti-ciencia está presente. Por ejemplo, los gobernantes de Estados Unidos, antes de enero 2021, y de Brasil, desvaloraron las orientaciones de la epidemiología y la salud pública, burlándose del uso de la mascarilla y recomendando a mansalva “remedios” no probados científicamente. Luego de un año de pandemia, ambas naciones experimentan las consecuencias del descontrol casi absoluto de transmisión viral

y ocupan los primeros lugares del mundo en muerte: 550 mil personas en Estados Unidos y 300 mil en Brasil, y contando.

En marzo 2021, la comunidad de países se clasifica en tres grupos según la tasa de mortalidad por 100 mil habitantes. Aquellos con tasas de mortalidad superiores a 135 muertes por cien mil personas: Bélgica, Brasil, Estados Unidos, Italia, España, Perú, Ecuador y Francia. Un segundo grupo, con tasas entre 60 y 100 fallecimientos por 100 mil habitantes: Holanda, Alemania, Rusia, Paraguay y Canadá. Finalmente, aquellos que tienen tasas que no sobrepasan 15 muertes por 100 mil habitantes, entre ellos: India, Australia, Cuba, Nueva Zelanda, China, Uruguay y Vietnam.

Las naciones que optaron por un manejo de la salud pública basado en el conocimiento científico y epidemiológico han logrado un control deseable de la propagación y, consecuentemente, de la enfermedad y la muerte. Las cifras son dramáticamente claras y de lo que se observa, no dependen del poderío económico de las naciones, ni de la geografía ni del tipo de gobierno.

La vacunación iniciada a fines del año pasado alrededor del mundo, tendrá efecto en la disminución de la letalidad y la severidad de la Covid-19 en el corto y mediano plazo. Sin embargo, la inequidad en el acceso para las poblaciones vulnerables, provocada por el desequilibrio económico entre las naciones, su manejo comercial y el manejo poco ético entre grupos privilegiados de cada país, atenta contra una erradicación generalizada de la pandemia.

La ciencia y la tecnología disponibles por la humanidad, tienen suficiente capacidad para hacer frente y erradicar una pandemia como la causada por el SARS-Cov2. El contexto económico social, las percepciones religiosas o anticientíficas de los líderes y la subordinación de la salud a lo económico, con las patentes de las vacunas, por ejemplo, restringen y no permiten que los beneficios de esos avances se distribuyan democráticamente.

El marco histórico, económico y social de la humanidad es el cerco que restringe a la ciencia para que cumpla su cometido, contribuir al bienestar de la humanidad. La pertinencia de la ciencia y de la labora de investigación científica, no es una variable independiente y su incidencia en la vida es producto de la relación entre el contexto y la generación del saber científico. El desafío desde la academia es hacer ciencia –investigar científicamente, con pertinencia para transformar la realidad.

Dr. Carlos Terán-Puente, PHCM

Profesor Investigador FACS - UNEMI